

llorar desconsolado. Aterrada doña Tula quiso remediar el yerro, obligando á los niños á que abrazasen al abuelo. Mas los chiquillos se agarraban llorando al cuello de su madre, sin que halagos ni amenazas les persuadieran, y el más pequeñito, que aún no contaba seis años, levantaba poco á poco la carita, asomaba un ojito para mirar al abuelo, y asustado la volvía á esconder en el seno de su madre, diciendo muy bajo:

—¡Qué feo es, mamá!... ¡Qué feo!... ¡Paece uno Cancon!...



V



QUEL golpe, que nadie pudo precaver y que manos tan inocentes descargaron, anonadó por completo á D. Benito. Al dia siguiente no quiso levantarse del lecho, y cuando alarmados sus hijos fueron acudiendo uno á uno, á todos los recibia con triste silencio y lágrimas abundantes. Atribuyeron al pronto á lo débil de su cabeza aquella sensibilidad exagerada, y pensaron en traerle de nuevo á los nietos, á ver si, mejor aleccionados éstos, curaban ellos mismos la herida que tan inocentemente habian abierto. Mas D. Benito no quiso verlos, y permaneció todo el dia sumido en una especie de angustioso letargo. Llegó la caída de la tarde, con esa tris-

teza mortal que infunde la puesta del sol á los enfermos y á los doloridos, y las vagas tinieblas del crepúsculo comenzaron poco á poco á invadir la alcoba del enfermo: suspiraba éste hondamente de cuando en cuando, y doña Tula, hundida en una butaca colocada á los pies del lecho, lloraba en la oscuridad, pasando las cuentas de un rosario. En un gabinete próximo se hallaban sus tres hijos, sin osar aparecer delante de su padre, por miedo de alarmarle con su presencia continua. De repente sonó en el silencio de la alcoba el llanto acongojado del enfermo. Doña Tula se levantó de un salto, y se acercó á él:

—¿Qué tienes, hijito?—le dijo. ¿Qué es eso?...

—¡Estoy muy malo, Tula!—contestó D. Benito redoblando sus lágrimas.

Inmutada doña Tula se dejó caer sobre el mismo lecho, y uniendo casi su rostro al del enfermo, dijo ansiosamente:

—¿Pero te sientes peor, vidita?... ¿Quieres que llame?...

—¡No, no!... ¡Me están engañando, Tula!... Estoy muy malo, y me lo ocultan: me engañan...

—¡Vamos, Beni mio, no me seas tonto!... ¿Quién te va á engañar?... ¿Yo, hijito?... ¿Tus hijos?... Si no tienes nada, nada... Nada más que una aprension, que te va á matar á ti, y á

nosotros de rechazo... ¿No nos ves á todos tranquilos, hijito? Renzo salió á caballo; Lú, se fué á la novena de ánimas... y mientras los hijos se van de paseo, el papá está muy malito, muy malito; muriéndose... ¡Vamos, hijo, que tienes unas cosas!...

Y todas estas mentiras las ensartaba doña Tula sin tomar resuello, haciendo heróicos esfuerzos por aparecer serena, y afectando á lo último un tono jocoso. Mas D. Benito no se daba por convencido.

—¡Me engañan!—repetía: ¡me engañan!... Mira los niños...

—¿Y vas á hacer caso de unas criaturas?... ¡Por Dios, Beni mio, ten juicio!... Que te vieron sin peluca y sin dientes, y se asustaron los pobrecillos... ¡Ya se ve!—prosiguió, queriendo llamar la atención del enfermo á otro asunto ménos peligroso: unos niños sin educación ninguna, hijos de ese padre tan chabacano, que están creciendo ahí, como quien dice, á la flor del berro... Ya se lo he dicho yo á Nita, y es menester que tú hables de esto seriamente á Sancho... Esos niños necesitan educación: á Benitín un aya inglesa, y á Sanchillo un capellan; porque, lo que es mandarlos á colegios, de ningún modo: sería una crueldad... ¡Angelitos!... Yo en esto no transijo, y por más que digan

de los Padres Jesuitas, no me avengo... Harán de los niños unos santitos, enseñarán muy bien: no lo niego... Pero figúrate que me dijo María Perez, que no les daban chuletas para almorzar: café con leche, ó chocolate... ¡Vaya V. á ver!... Y luégo sobre todo, el calorcito de la familia, los mimitos... Vamos, vamos, no hay que pensar en colegios... ¿Qué dices, hijo? ¿estás mudo?...

Y alarmada siempre doña Tula, inclinó el rostro sobre el de su marido, que en la oscuridad no distinguía: vió entónces sus ojos abiertos y fijos, y oyó su voz temblorosa y angustiada que le decía:

—¡Tula!... ¡Me quiero confesar!...

Doña Tula pensó morirse del susto.

—¿Qué dices, hijo mio, qué dices?... ¿Estás en tu juicio?... ¿Crees que te vas á morir?... ¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué disparate!...

Y la pobre señora se reía sorbiéndose las lágrimas, miéntras D. Benito, llorando más y más angustiado, repetía:

—¡Me quiero confesar!...

—Pero, Beni mio, ¿qué tienes?... ¿No ves que me afliges?... No seas escrupuloso, por Dios... si te confesaste hace quince dias...

Vió entónces doña Tula que la escuálida cabeza de D. Benito se revolvía en la almohada,

que sus ojos relucían, que su pecho se desgarraba en un interminable sollozo, y que envueltas en aquella oleada de amargura, resonaban huecas y profundas estas palabras, que la infeliz mujer creyó ver reproducirse con caracteres de fuego en el aire.

—¡¡Pues por eso mismo!!

Doña Tula sintió escalofríos, y tuvo necesidad de sentarse; pero en el mismo momento una congoja espantosa se apoderó del mísero viejo, y de aquel monton de mantas que la angustiada señora abrazaba á oscuras, salieron á borbotones lamentos, sollozos, hipos... Aterrada la infeliz dió voces pidiendo socorro; acudieron los hijos desalados, trajeron luces, y el médico, que no tardó en llegar, lo resolvió todo diciendo, que era una crisis nerviosa, recetando varios calmantes, y recomendando, sobre todo, mucha paz, mucha quietud, mucho sosiego...

—Pues lo que es eso no se encuentra en la botica,—dijo Sancho Ortiz meneando la cabeza.

Doña Tula no pudo dormir aquella noche; pasó toda ella sentada al pié de la cama de su marido, inquieta, recelosa, meditabunda, como si combinase algun plan, luchando con las amargas contradicciones de la zozobra. Al amanecer, ya habia tomado su partido: era necesario á todo trance apartar á D. Benito de las lú-

gubres ideas que le embargaban, é imaginó para ello, de acuerdo con sus hijos, reunir una nueva junta de médicos, y buscar entre éstos uno que se prestase á engañar al enfermo, asegurándole que su vida no corría el menor riesgo, y fingiendo comprometerse á volverle la salud en determinado tiempo. Sólo Benita se atrevió á insinuar tímidamente, que sin perjuicio de poner en práctica aquel plan, se podía aprovechar la ocasión de haber mostrado el mismo D. Benito deseos de confesarse, para administrarle los sacramentos. Doña Tula se puso colérica al oirla.

—¡Pero, qué falta de sentido comun, Señor Dios mio!—exclamó manoteando. ¿Pues no oyes que esas ideas tristes son las que lo matan?... ó es que tienes el mismo corazón de corcho de tu marido?...

Benita se echó á llorar, y doña Tula, abatida en realidad, y extenuada por la fatiga física y la zozobra continua, se dejó caer en una butaca, diciendo lastimeramente:

—¡Dejadme!... ¡Dejadme por Dios, y no me aflijais más, que harto pesada es la cruz que llevo!...

—Pero mamá, sí...

—¡No me comprenden!—continuaba doña Tula gimiendo. No se hacen cargo de que á personas tan escrupulosas como tu padre, no se

pueden decir esas cosas de sopeton... Una criatura tan devota, que hace la vida de un santo, y anoche se puso mortal, sólo porque sospechó que se veía en ese trance...

Reunióse al fin la junta, encontróse, no sin dificultad, el médico farsante, y fué más fácil de lo que se pensaba persuadir á D. Benito de que su vida no corría riesgo... ¡Ah! nada se apresura tanto á creer el hombre, como lo que halaga su deseo, y aun en medio de los terrores de la incertidumbre, frente á frente de la evidencia misma, sabe todavía descubrir algún ingenioso resquicio, por donde pueda vislumbrar siquiera un rayo de esperanza. Desvaneciéronse los miedos del pobre viejo, y pareció que le levantaban del corazón el peso de una montaña.

—¿Lo ves, Beni mio?... ¿Lo ves, pichon, cómo yo no te engañaba?—decía doña Tula, sobando cariñosamente la única mano libre del paralítico.

Don Benito reía y lloraba al mismo tiempo, como un niño terco y mimado, que se da al fin por convencido. Retuvo, sin embargo, en su mano las dos de su mujer, y sacudiéndolas con fuerza, dijo solemnemente:

—¡Tula! prométeme una cosa...

—¿Qué quieres, Beni mio?—dijo ella otra vez azorada.

Don Benito quiso hablar, y la emocion le cortó la palabra: hizo dos ó tres pucheros, y dijo al fin llorando á lágrima viva:

—Que cuando llegue la hora me has de avisar... que no he de morir sin sacramentos...

—Pero, hijo mio, ¿todavía estamos en eso?... ¡No pienses en ello, por Dios!... Si no hay el menor motivo.

—¡Ya lo sé!..., para cuando lo haya, digo.

—¿Y crees tú que habia yo de dejarte morir sin ese consuelo?... ¡Pues no faltaba más!... Qué dirian en todo X.**, si nada ménos que un don Benito Morales, diese ese mal ejemplo?...

—¡Tula, en ti confío!... ¡Mira que tengo que arreglar muchos asuntos!...

—¡Muchos asuntos!—repitió doña Tula, con la risa cariñosa de una madre, que hace exámen de conciencia con su hijo pequeñito. ¡Valientes asuntos serán los tuyos!

Don Benito cerró los ojos, y sacudió la cabeza sin contestar, tomando su rostro la extraña expresion de un terrible jeroglífico...

—Pues mira, hijo,—continuó doña Tula con mimosa condescendencia: puedes estar tranquilo, que yo te lo prometo... Pero prométeme tú tambien que no has de ser escrupuloso ni aprensivo... ¡Bonita soy yo para esas cosas!... Desde que te atacó el reuma, se dice todos los días

una misa á la Virgen de Consolacion, y ya le tengo ofrecida una novena en accion de gracias, y una funcion solemnísima para cuando tú puedas asistir... Vendrá un predicador de fuera, y aquel día estrenarás por fin tu gran cruz, con su placa y todo... ¡Ah, pícaro! qué calladito me tuviste que la habias pedido... Si lo llego á saber á tiempo, pides tambien para mí la banda de María Luisa...

Don Benito se echó á reir con la risa más bonachona del mundo, y contestó con la sencillez de un honrado traficante:

—Esa es mucho más cara...





VI



ENITA tardaba en volver de casa de su padre, á donde todas las mañanas iba despues de misa, y Sancho, cuyo estómago no se resentia por los pesares que la enfermedad de D. Benito causaba á la familia, llamó á los dos niños, y mandó que, sin esperar á la señora, les sirvieran el chocolate: eran ya las nueve, y tenia hambre.

Los chiquillos comenzaron á alborotarse con la novedad, y el mayor de ellos se encaramó en el sillón de su madre, diciendo:

—¡Hoy soy yo mamá!...

A Sancho le pareció muy bien el pensamiento, y para que representase mejor su papel, le puso el gorrito de mañana de Benita, adornado con encajes y cintas de color de rosa... ¡Oh qué

gusto!... Los chiquillos se morían de risa, y el más chico se encaramó á su vez en el sillón de su padre, diciendo:

—¡Y yo soy papá!...

¡Perfectamente!... Al instante abdicó Sancho en sus manos la patria potestad: púsole en pié el ancho cuello rizado de su blusita, y le ciñó en torno, á guisa de corbatín, el finísimo pañuelo de seda blanco, que al levantarse se había él anudado al cuello.

¡Magnífico!... Ya no faltaba, sino lo que, con prudentísimo tino, se le ocurrió al punto á la improvisada madre.

—¡Papá!... ¡Ahora tú eres mí!...

—¡Eso es!... ¡Ahora yo soy tí!—exclamó Sancho, tan satisfecho.

Y acto continuo se puso en la cabeza el gorrito de crochet que llevaba Benitín, anudóse el babero del mismo, y se embutió como pudo en uno de los altos y estrechos sillones que de ordinario ocupaban los chicos. Las cabezas de estos apenas llegaban á la altura de la mesa, y Sancho sobresalía por encima de ella, desde las rodillas hasta arriba... De esta suerte comenaron el padre y los hijos á tomar el chocolate más sabroso que habían gustado en su vida: así atestiguaron después los picos de la corbata del padre, y las cintas del gorro de la madre,

que entraban y salían en las jícaras, con la más espontánea franqueza.

Pronto, sin embargo, asomó su oreja la discordia: celoso Sanchillo del gran corbatín de su hermano, le tiró el dardo envenenado de la envidia.

—Papá tiene bigote y tú no... ¡Rabia!—le dijo.

Acudió Sancho con su ordinaria prudencia, á ahogar en gérmen aquellas pasiones, que levantaban la cabeza. Mojó un bizcocho en su jícara, y pintó á Benitín un soberbio bigote: era retorcido y con florones en las puntas, como los del difunto rey Galantuomo. Vióse cogido Sanchillo, y sin pizca de respeto á su provisional sexo, reclamó el mismo honor: indignado Benitín, se opuso abiertamente por razones de decoro.

—¡Mamá no tiene bigote!—decía.

—¡Pero mamá Tula tiene!

—¡Tú no eres mamá Tula... eres mamá!...

—¡Pues sí!...

—¡Pues no!...

Y para apagar de una vez discordias intestinas, Sancho mojó otro bizcocho, y pintó á su primogénito, bigotes y patillas de corte imperial, como las de Guillermo de Prusia. La algazara fué completa, y se procedió á otra cosa. Sancho comenzó á enseñar á sus hijos un nue-

vo procedimiento para tomar el chocolate: era la misma teoría de los juegos malabares. Tirábase una sopa por alto, y habíase de coger con la boca al bajar por el aire: era aquello muy divertido.

—¡A la una!... ¡á las dos!... ¡á las tres!—decía Sancho; y para dar la señal, pegaba en la mesa con el plato.

Las sopas volaban por el aire, describiendo caprichosas trayectorias, y caían en todas partes menos en las bocas que abiertas las esperaban: sólo Sancho acertaba á coger la suya. Los chiquillos creyeron que estaba el secreto en pegar al mismo tiempo con el plato: dieron fuerte con los suyos, y se quedaron muy sorprendidos, al ver que los lindos platitos de china se hacían añicos contra la mesa. Parecióles aquello una cosa bien extraña.

En aquel momento entró Benita, y el grotesco cuadro que ofrecían á sus ojos aquellos tres pedazos de su alma trajo á su corazón una de esas inmensas oleadas de dicha íntima, de santa dicha del hogar, que llenan los ojos de lágrimas dulcísimas, y compensan en un segundo á la mujer todos sus sinsabores de esposa y de madre. Quiso, sin embargo, volver por los fueros de la disciplina doméstica, y comenzó á gritar, sin poder contener ni la risa ni las lágrimas:

—¡Qué enemigos!... ¡Jesus, Dios mio!... ¡Cómo se han puesto!... ¡Y su padre es el peor de todos ellos!...

Sancho se puso en pié de un salto, sin poder zafarse del ajustado sillón que se adhería á sus caderas, y se tiró al suelo delante de Benita, diciendo:

—¡Pedon!... ¡pedon!... ¡que ya no lo haré más!...

Los chiquillos se agazaparon á su lado, también en el suelo, y levantando hácia su madre sus caritas llenas de chocolate, repetían haciendo coro á su padre.

—¡Pedon!... ¡pedon!... ¡que ya no lo haré más!...

—¡Jesus! ¡Jesus!—decía Benita riendo y llorando. ¡Cómo se han puesto las blusitas limpias!... ¡Y mi gorro, Virgen santa, cómo está!... ¡Qué diablo de hombre este, Dios mio! ¡Si tú los revuelves á ellos!... ¡Si era menester encerrarte!...

Al oír que se podía encerrar á papá el pequeño populacho, voluble y antojadizo como siempre, púsose de parte de su madre, gritando:

—¡A encerrarlo!... ¡á encerrarlo!...

—¿Encerrarme á mí?...—exclamó Sancho, botando del suelo como una pelota. ¡*Civis romanus sum!*... ¡A mamá es á quien hay que encerrar en la pajarera!... ¡en la pajarera!...

Y levantando á Benita en sus nervudos brazos, cual si fuese una pluma, comenzó á correr por las galerías, hácia un mirador de cristales, perfectamente cerrado, donde un centenar de canarios vivían, cantaban y se multiplicaban. Los chiquillos echaron á correr detras, alborotando llenos de entusiasmo; los dos perros de caza de Sancho acudieron presurosos para unirse ladrando al cortejo, y los criados se asomaban á puertas y ventanas, diciendo entre exclamaciones y risas:

—¡Pero qué señorito este!... ¡Qué ángel tiene!... ¡Y qué humor tan hermoso el suyo!... ¡Dios se lo conserve!... ¡Dios lo bendiga!...

Benita cerró los ojos para saborear más á sus anchas la dicha de sentirse presa en aquellos brazos tan amados, de ver saltar de alegría aquellas lindas figuritas pintadas de chocolate, de oírse bendecir por aquellos fieles criados, testigos de su dicha... Mas en el mismo momento acudió á su memoria el triste cuadro que acababa de dejar en casa de su padre, y la gota de hiel, la gota amarga que la paternal providencia de Dios deposita siempre en la copa de las dichas mundanas, para obligarnos á pensar en otra dicha más alta, le hizo prorrumpir en sollozos:

—¿Qué tienes, hija?—exclamó Sancho deteniéndose asustado.

Benita pegó los labios al oído de su marido, y le dijo llorando:

—Que se muere papá... y no hay medio de convencer á mi madre, de que se avise al Cura.

Sancho echó á correr de nuevo, porque el populacho infantil y el populacho canino llegaba ya al alcance de sus piernas, y entrándose en la pajarera, cerró por dentro, dejando fuera á niños y á perros.

¡Ah!... ¡Con cuánto gusto diríamos ahora, que al encontrarse solos los dos jóvenes esposos, sus almas se vaciaron la una en la otra, para fundirse ambas en una sola, y participar del mismo dolor, como participaban de la misma dicha!... Mas no sucede así en el mundo, y no sucedió allí entónces: el egoísmo suele ser más fuerte que el amor, sobre todo en el hombre, y la variedad de intereses que aquél despier-ta, aparta entre sí los corazones destinados á formar uno sólo, produciendo entre los que se aman esa extraña discordancia que separa, sin dejar de unir; esa cadena alternada de puras satisfacciones y mezquinos disgustos, que imprimen su carácter de humanos á todos los afectos de aquí abajo, donde siempre aparece el grosero sello de barro, junto á todo lo grande y lo noble, que puede dar de sí el alma.

Benita se dejó caer en una de las gradas de

madera en que los canarios tenían sus nidos, y refirió llorando á Sancho todo lo acontecido en casa de su madre. Este la escuchaba gravemente, con el gorro de su hijo puesto, y el babero anudado todavía, examinando con la mayor atención los huevecillos depositados en uno de los nidos. De repente dijo:

—¿Sabes quién es el confesor de tu madre?

—El mismo Cura de la Parroquia... D. Félix Sangüesa.

Sancho se puso á mirar al trasluz uno de los huevecillos, para ver, sin duda, si iba camino de empollarse. Benita guardaba silencio, trazando con el pié rayas en la basura que cubría los finos ladrillos del pavimento. El dijo de pronto:

—¿Tu padre hizo por fin el testamento que pensaba?

—Yo no sé, ni me importa saberlo;—contestó ella, encogiéndose de hombros.

Sancho pareció no haber oído la respuesta, porque tiró en un rincón el huevecillo que tenía en la mano, diciendo al mismo tiempo:

—¡Qué barbaridá!... ¡Este huevo está huero!...

Y siguió examinando, con la misma atención, los otros que en el nido había.

—¿Por qué preguntabas lo del testamento?
—dijo al fin Benita.

—Porque tu padre me prometió mejorarte en tercio y quinto, y dejar un buen legado á cada uno de los niños.

—A mí me importa poco eso,—replicó Benita sollozando. Lo que á mí me preocupa es el cuidado de su vida, y el cuidado de su alma.

Sancho debió de convencerse en aquel momento, de que los huevecillos restantes estaban también hueros, porque los apretó fuertemente, haciendo una tortilla en el fondo del nido.

—Tienes razón,—dijo al cabo. De eso es de lo que hay que cuidar, y hoy mismo hablaré yo al Cura...





VII



aquella tarde, Sancho se dirigió, en efecto, á la parroquia de sus suegros, en vez de salir á caballo como tenia de costumbre. Era el Cura un señor alto, seco, viejo, de modales bruscos en apariencia.

—Usted no me conocerá,—le dijo Sancho, con aquel aire que le era propio, entre altivo y campechano.

—No, señor; no tengo ese gusto,—replicó el Cura.

Y Sancho, con el tono algo enfático de quien cree pronunciar un nombre destinado á causar efecto, añadió, inclinándose ligeramente:

—Sancho Ortiz de los Pinares...